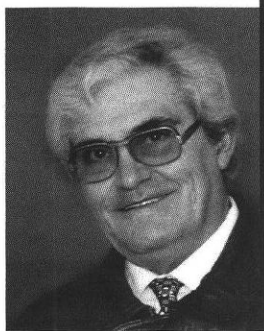


LA EPOPEYA DE LA FACULTAD



ARQ. CÉSAR LUIS CARLI
DECANO NORMALIZADOR FADU
PROFESOR TITULAR CÁTEDRA DE ARQUITECTURA VI

Cuando uno entra al hall de la Universidad Nacional del Litoral percibe de inmediato el valor que en otros momentos se le asignaba a la educación; una remota sensación de eternidad, de arquitectura que está más allá de los tiempos es lo que transmiten esas delicadas incrustaciones de mármoles policromados, la severa columnata de esa suerte de propíleo que antaño era un patrimonio exclusivo de los templos e instalaciones religiosas. La Reforma Universitaria esencialmente laica, antidogmática, cuya primera expresión constructiva era precisamente la UNL, había elevado la cultura y la educación a un rango idéntico al de la fe. La sociedad había abierto las pesadas puertas de las exclusiones y los prejuicios por las que penetraban los auspiciosos signos de los nuevos tiempos.

En eso pensaba cuando acudía a la cita que había concertado con el Rector Benjamín Stubrin esos primeros días del '85; pero tampoco podía olvidarme de esos jóvenes que permanecían en condiciones lastimosas en sus carpas instaladas en la tradicional Plaza de Mayo solicitando una modificación de la estructura académica que ellos consideraban demasiado cerrada y dogmática. Un silencio empecinado acompañaba sus pedidos. Sin embargo, la comunidad santafesina no sólo aceptaba sino también comprendía a estos jóvenes revoltosos a pesar del tradicional conservadurismo provinciano de nuestra sociedad.

De pronto me asaltó una idea que, como acostumbramos a hacer todos los viejos, me obligó a detenerme en medio de la

escalera. Se me ocurrió pensar que los jóvenes de la Plaza de Mayo estaban reeditando, ochenta años más tarde, una gesta idéntica a la que protagonizara la inolvidable Reforma del año '18.

La idea me pareció subyugante; al igual que aquellos librepensadores que transformaron radicalmente la educación hasta asignarle una importancia semejante a la que en su momento tuviera la religión y cuyo testimonio era esa monumental instalación que acabamos de describir, nuestros jóvenes santafesinos estaban protagonizando una Reforma. Sus objetivos no eran demasiado diferentes, ni su coraje y empecinamiento tampoco.

Ambos ansiaban la libertad de pensar, participar de una cultura no confesional, luchaban por una Universidad abierta donde los méritos no se digitaran por afinidades ideológicas.

Dice el Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria: "Por eso es que la ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa, mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus, es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto".

Muchos años después de esta definición, uno de los cabecillas de la revuelta de Plaza de Mayo me envió una nota con el pedido expreso de que la hiciera publicar en cualquier revista universitaria. "La rebeldía estalla en Santa Fe y llegaremos hasta las últi-

mas consecuencias para terminar con el dogmatismo de los claustrales absolutamente reaccionarios”, decía entre otros párrafos.

¿Coincidencia? El manifiesto del '18 dirigido a los Hombres Libres de Sud América expresa: “La rebeldía estalla en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios”.

El descubrimiento de estas notables analogías me produjo una gran alegría; los nombres de los protagonistas no eran los mismos, habían cambiado pero su fuerza y sus impulsos no. En lugar de del Mazo, Bordabehere, o Sayago, los héroes de la Reforma, Santa Fe ofrecía a Cena, Anselmi, Rico, Soler. Este último tuvo que ser llevado casi desfalleciendo al Hospital Provincial porque había pasado semanas sin ingerir alimentos.

Cuando ya frente al Rector Stubrin recibí la invitación de organizar y dirigir la futura Escuela de Arquitectura me sentí protagonizando un proceso histórico como lo había hecho mi padre en el '18, cuando le encomendaron la tarea de tocar las campanas de la Catedral de Córdoba. Poder participar de los dos acontecimientos más importantes de la educación -en distintas escalas, desde luego, uno nacional, otro a nivel local pero igualmente significativos- fue para mi familia y para mí un motivo de orgullo; tanto como que mi padre recordaría hasta su muerte el día de la victoria, cuando los cordobeses quedaron perplejos por el inesperado redoblar de las campanas de la Reforma en plena medianoche.

Una mención aparte merece el Rector Dr. Benjamín Stubrin; es necesario tener mucho coraje y mucha sensibilidad para enfrentar el desafío que representaban más de mil jóvenes que se habían puesto en lucha y ofrecerles un cauce en esa época de la democracia renacida.

De pronto nos vimos encolumnados detrás de un sueño que empezábamos a cumplir. ¿Cuál era nuestro edificio, nuestra sede? No lo teníamos; no es nada, daríamos clase en la calle si fuera necesario. ¿Cuánto iban a cobrar los profesores? Desde luego, ni un centavo.

¿Y el personal administrativo? Era tan escaso que los expedientes, tanto Marisa Magnin, la Secretaria Académica, como

yo debíamos responderlos con letra manuscrita. Y eran mil pases, mil legajos, dos mil ojos ansiosos que querían incorporarse a ese proyecto desmesurado.

Así nació la mística de la Facultad; como nacen los grandes procesos que cambian la historia. De la estrechez, el esfuerzo y el sacrificio.

Cuando finalmente conseguimos el local del antiguo Comedor Universitario creímos tocar el cielo con las manos; desde luego prestado, para no cerrar la puerta a un futuro retorno a su primitiva función.

El ardiente verano de Santa Fe nos encontró trabajando denodadamente en pos de un Plan de Estudios compatible con el instituto que habían decidido abandonar. Cambiar todo significaba hacer retornar a la mayoría de los alumnos a la etapa inicial de su carrera.

No debe olvidarse que debíamos incorporar a todos, los de los ciclos superiores y aun los que estaban por recibirse. Nuestro Plan debía contemplar esa situación. Eso intentamos y finalmente lo logramos.

Pasaron los años. Nuestra Facultad fue creciendo en el concepto nacional hasta situarse entre las mejores del país. Pero nuestras instalaciones estallaban por todos lados, y no había dinero para construir nuestra propia sede, no obstante ser una de las Facultades más numerosas de la UNL.

Fue entonces cuando la Asamblea Universitaria nombró Rector al Arq. Storero. Y como por arte de magia se materializó un edificio nuevo, confortable con todas las comodidades.

Aún hoy, mucha gente se pregunta cómo el Rector Storero hizo ese prodigio sin recurrir al Ministerio de Educación de la Nación que por entonces presionaba económicamente a las Universidades que no le eran adictas. Su fórmula fue tan arriesgada como meritoria. Se desembarazó de una cantidad de bienes inútiles -hasta los automóviles de uso exclusivo para los Rectores- y con el dinero obtenido se lanzó a materializar el otro sueño de los Reformistas locales.

No cabe duda de que la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional del Litoral nació con buena estrella. Es de esperar que sigan sus triunfos.